

A 16 AÑOS DE LA MUERTE DE VÍCTOR JARA

UN TESTIGO DEL TRIUNFO DEL PUEBLO

Joan Jara, viuda del cantautor asesinado por el fascismo, describe cómo vivió el 4 de septiembre de 1970

Víctor Jara, uno de los más notables cantautores chilenos, hombre de teatro y poeta, de fina sensibilidad, fue brutalmente asesinado en el estadio Chile de Santiago, que en la tarde del 11 de septiembre de 1973 fue convertido en prisión de miles de partidarios de la Unidad Popular. No se ha podido determinar con absoluta exactitud el día de su muerte. Pudo ser el 15 de septiembre, aunque hay versiones que lo dan por muerto ya el día 14.

Su imagen permanece en la retina de millones de chilenos. El es en sí mismo un significativo capítulo de la historia del canto popular chileno. Su esposa, Joan Allison Turner Roberts, que hoy declara que el nombre que más la conmovió es JOAN JARA, escribió un importante libro: Víctor Jara. Un canto trunco. En su edición chilena -primera apareció en Inglaterra y luego en España- aparece como Víctor Jara. Un canto NO trunco. En él Joan relata su vida junto al cantor. Y en apenas tres páginas describe como vivió Víctor Jara el día de la elección presidencial de Salvador Allende, el 4 de septiembre de 1970.

Escuchar la radio es un verdadero tormento. Un portavoz del Ministerio del Interior lee los primeros resultados. Estoy muy nerviosa y no puedo permanecer quieta escuchándola, pero Víctor se ha instalado en un sillón, junto a la chimenea, con la radio al lado. Tiene papel y lápiz e intenta apunotar los re-

sultados a medida que los transmiten. Al principio son muy parciales. Aquí no hay computadoras. Empezan dando los recuentos de algunos reñones, que están diferenciados por sexo, de modo que es fácil ver las distintas pautas de votación seguidas por hombres y mujeres. Incluso ahora, estas últimas tienden a ser más conservadoras. Las mismas feministas que anuncian parecen dar la mayoría a Torricelli, pero estos resultados corresponden a Santiago. Quizás más tarde, cuando empiecen a llegar los resultados del norte, todo cambia.

Ya ha oscurecido. Víctor olvidó encender la luz y ni siquiera se ha dado cuenta que está sentado en la oscuridad. Acostumbrado ha renunciado a la idea de tomar notas. Me siento a su lado, en el suelo, y apoyo la cabeza en sus rodillas. Me acaricia suavemente el pelo y dice:

«¿Qué mierda haremos si gana Alessandri, mamá? Después de una pausa agrega: ¿Y qué mierda harán ellos si gana Allende?»

Las niñas se han acostado. No podemos seguir soportando el suspense y decidimos salir. Un amigo de Víctor ha dicho que hay una reunión de los partidarios de la Unidad Popular en las puertas de la FECH, el viejo edificio de la federación estudiantil de la Alameda, una casaca, destastada que pronto será demolida, enfrente del Cerro Santa Lucía.

Salimos y vemos que todas las casas del contorno están a oscuras. Nuestros vecinos, acostumbrados a la ca-



Víctor Jara en una población socialista

nasta, parecen haberse ido a dormir. El motor de la cloaca suena estruendoso al escapar. Sonríen los Niños que están en la calle. Se me pone la piel de gallina por lo general las noches de los días de vacaciones la gente entra y sale corriendo de las casas. Víctor toca el acorde, marcha atrás, en su habitual zigzag para salir del patio, evitando el árbol contra el que siempre choca, y partimos. Un pastor alemán ladra y don Juan, que está de guardia en la esquina, levanta la mano mientras salimos. Es un ex policía, robusto y enigmático, que hace de vigilante de nuestro grupo de viviendas. No sabemos con certeza si es amigo o no, pero sin duda alguna sabe todo lo que ocurre en cada casa.

En la Alameda hay poco tráfico, pero frente al edificio de la FECH se ha reunido una multitud.

La gente que guarda la puerta la abre para que pase Víctor, y de pronto nos encontramos en el interior del edificio. Aparece ante nuestros ojos la deprimente escalera mal iluminada y los cuartos costiguos, llenos de archivadores y viejitos muebles de aspecto lastimoso. Parecen estar allí todas las caras famosas de la Unidad Popular: líderes de los periódicos, senadores, diputados y artistas; charlan en grupos, sentados en la escalera, aguardando la confirmación de la rumorada victoria. Vao a los dirigentes comunistas Lucho Corvalán y Volodia Teitelboim, y luego me doy cuenta de la presencia de Salvador Allende.

Pienso cuántas veces y durante cuántos años han esperado los resultados de las elecciones, durante cuántos años han luchado con la esperanza de una victoria popular. Muchos de los asistentes son viejos trabajadores, con toda una vida de lucha a sus espaldas. Algunos son jóvenes. Desde la calle llega el ruido de la creciente multitud que grita consignas.

A las doce y cinco llega el mensaje: Salvador Allende ha triunfado en la elección presidencial y al Jefe de Plaza -es decir el jefe castrense a cargo de las

medidas electorales en la capital- ha dado permiso para que la Unidad Popular celebre una reunión pública.

Dentro todo es alegría, abrazos, lágrimas. A mí me lleva el grito. Todos se abrazan entre sí. La gente se empuja para llegar junto a Allende y felicitarlo. Me toca el turno. Lo estrecho en lo que considero un desahogado estrecho de oso, pero él me dice:

«¡Álzate más fuerte, compañero! Este no es momento para dudar!»

Pocos minutos más tarde Allende sale al diminuto balcón de la FECH para hablar como presidente electo de Chile. El balcón es pequeño y parece muy poco seguro: apenas hay espacio para que permanezca en pie. Alguien ha logrado improvisar un micrófono, aunque no muy bueno. La multitud ruga: ¡Allende! ¡Allende! ¡Allende! La gente baila en las calles cogida de la mano, formando cadenas y círculos, encendiendo fogatas... Las anchas calles del centro de la ciudad se ven repentinamente llenas de nibbles y carros que han venido de las poblaciones callampas cargados de personas que quieren participar en la celebración.

Victory ya no soportamos seguir en el interior del edificio y corremos a la calle para mezclarnos con la multitud. Se inician procesiones espontáneas con antorchas improvisadas; nos encontramos marchando avernos abajo hacia La Moneda, el palacio presidencial. De improviso surge en dirección opuesta un contingente de soldados en vehículos blindados. Parece un prestigio, una amenaza, pero pasan a nuestro lado y sólo nos dedican una mirada.

Entre la multitud vemos a muchos jóvenes demócratas con sus estandartes. Se han abierto a ofrecer sus felicitaciones y apoyo a la Unidad Popular. No estamos bromeando pero experimentamos una sensación de malestar, como si viviéramos un sueño. ¿Cuándo hemos visto al pueblo de las poblaciones, con sus niños andragosos y descalzos, celebrar algo en el centro?

Un Testigo del triunfo del pueblo. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un Testigo del triunfo del pueblo. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile